



## LAS TRES ETAPAS DEL GRAN TENOR



### I.

Mi primer recuerdo de Gayarre data de uno de los más hermosos años de mi niñez, y para que todo fuese bello, de Sevilla en Abril, en el mes de las fiestas de aquella tierra y de su cielo.

Nunca había oído al rey de nuestros tenores, y ardía en impaciencia de escuchar aquella voz tan universalmente admirada. Era uno de los más bellos días de Abril; pero los carteles anunciaban «Favorita», y hubiese querido apagar de un soplo todos los esplendores diurnos para encontrarme de improviso en aquella noche, con tan febril ansiedad esperada.

Llegó por fin, tan perezosa como anhelada, y ya vestidos para ir al teatro, inoportuna visita nos detuvo prolongando el tormento de mi vehementísima impaciencia, hasta el punto de que cuando al cabo atravesábamos el vestíbulo de nuestra ópera sevillana, la de Donizzetti llegaba al cuarto acto.

Subiendo las anchas escaleras, oíamos el coro de los frailes: abrí violentamente la puerta del palco, tiré los abrigos; la hermosa y alegre sala del teatro de San Fernando aparecióseme de golpe, con su oscuro fondo rojo, sus ligeras columnitas y barandajes dorados, y sus profusos racimos de luces de gas ardiendo dentro de blancas bombas opacas; aparecióseme con su brillante público de la temporada de ópe-

ra, con sus elegantes palcos y plateas abiertas y corridas, rodeadas de un coro espléndido de jóvenes y bellísimas mujeres vestidas de telas ligeras y vaporosas, adornadas de perlas y brillantes, y de lo que vale más, de rosas sevillanas, de rosas blancas, amarillas, nacaradas, suavísimas de color y tan ricas de esencia, que la sala de espectáculos exhala en esos días primaverales perfumes de vergel encantado.

La concurrencia era lucidísima, había singulares *toilettes*, muchas joyas, mucho correcto frac, mucho vistoso uniforme, gran concurso de damas de la corte, de forasteros y *touristes*..... pero yo no vi entonces nada de esto—que observé despues en el entreacto,—sentí la presencia de la multitud y nada más; toda mi atención estaba en la escena. Cuando llegué al palco terminaba el coro de los frailes, y el novicio *Fernando*, con su hábito blanco y el rostro resplandeciente de una expresión ensoñadora y (no encuentro calificativo más propio) luminosa, adelantábase al proscenio, mientras la orquesta preludiaba la dulcísima romanza. El público, aquel enorme ser colectivo, no hablaba, no se movía, no respiraba, su ansiedad expectante era solemne, religiosa y tan intensa, que aunque breve, determinaba un malestar, un estado fisiológico insostenible.

Pero..... como caída de las alturas, como bajada del Paraíso, como exhalada en efecto por un gentil espíritu inmaterial, sonó la voz regaladísima, entonando aquel *Spirto gentil*..... que nunca oídos humanos volverán á oír con tan divino acento.

Gayarre estaba entonces en aquella época de su primavera artística, en que su voz, menos viril, era, si no más pura y perfecta, más delicada y juvenil, poseía más el eterno femenino del arte; era, en fin, una voz de hombre tan mística y suave como nos imaginamos las voces de los ángeles. La nota surgía pura y diáfana de su garganta privilegiada, brotaba como verbo de luz de sus labios, que al exhalarla modelaban una sonrisa: se ensanchaba gallarda por el espacio como globo de fuego que se dilata en deslumbrantes rayos y otra vez condensada, recogida en suspiro celeste se elevaba, subía, subía alejándose, desvaneciéndose hasta perderse en lo infinito. Y allí se iba fascinada, esclava, pendiente de ella el alma de los oyentes, que cuando cesaba el canto sentía la dolorosa impresión de una caída del cielo.

Tal fué mi sensación al terminar la romanza. Parecióme que gradualmente se cerraban las puertas de la gloria, borrábase en el éter las angélicas visiones, se apagaban en el espacio los místicos esplen-

dores y espiraban en el aire las celestiales armonías. Yo no aplaudía, no hablaba: y cuando para ocultar mi emoción intentaba simular una sonrisa, no podía. Había gozado tanto, tanto, que sufría verdaderamente. Aquel goce divino era un abuso, era un exceso celestial para un organismo humano.

¡Cómo cantó Gayarre aquella noche! Yo no sé si la primavera de Sevilla con todos sus perfumes de azahares se había metido en su garganta, ó si toda la poesía de la patria de Becquer y Murillo se le había entrado en el alma. Decida esta cuestión la ciencia que estudió su laringe, ó el arte que inmortaliza su recuerdo.

¿Era el ambiente primaveral de mi tierra el que, vigorizando su organismo, le permitió emitir aquellas notas? ¿Era el ambiente inmortal de gloria, de ensueños y fantasía que envuelve la romántica belleza de la ciudad de Isidoros y Fernandos; de Herreros y Riojas, de Murillos y Velazquez; de la patria legendaria del *Rey don Pedro* y de *Don Juan Tenorio*, de la tierra de tradición y de los monumentos, de la cuna de la primavera y la poesía, el que llenando el alma del artista sugirióla tan sublimes inspiraciones? No lo sé. Acaso fueran ambas influencias. Solo recuerdo que aquella noche no dormí con sueño material, y que envuelta en un ensueño delicioso, viendo por entre los párpados mal cerrados la luz intensa de aquella clarísima luna de Sevilla, que como el sol, filtrándose á través de puertas y cortinas, iluminaba con claridad fantástica mi alcoba, en aquella penumbra de sueño, éxtasis y resplandor sidéreo, sonaba clara, distinta, arrobadora en mis oídos y en mi alma, la voz del tenor-ángel, que en medio de los esplendores celestes cantaba acompañándose con un arpa de oro: *Spirto gentil.....*

## II.

Un año, quizá dos años, habían transcurrido desde que oí á Gayarre por primera vez en aquel inimitable *Fernando*, que nadie, nadie volverá á expresar como él, cuando se anunció en Sevilla que el insigne tenor cantaría en nuestra augusta Basílica, el *Miserere*, de Eslava.

¡Gayarre, la catedral de Sevilla, dos glorias que actualmente no tienen otra vida que la del recuerdo!..... «*Nessun maggior dolore.....*» dijo el Dante. ¡Ay! Pero, á pesar del Dante, ¡qué hermosamente triste

es recordar en el dolor el bien perdido! «*Recordar es vivir,*» ha dicho otro gran poeta, y aquella noche de *Miserere* es una de las más dulces memorias de mi vida.

Era la del Jueves Santo, y aun no había cerrado por entero, cuando el público impaciente comenzaba á llenar el grandioso templo. Todas sus puertas estaban abiertas; por la contigua á la Giralda salía la última Cofradía de la tarde, y ya canónigos y llaveros andaban colocando en las capillas á la gente influyente que deseaba posesionarse de ellas, como si se tratara de palcos de la ópera; otros, que preferían oír desde lo alto, subían por las escaleras interiores, y pronto el calado Triforio apareció coronado por una cornisa viva.

¡Qué hermosa estaba la catedral! En el trascoro el colosal *Monumento* cuajado de cirios y lámparas de plata, resplandecía como una pira de fuego; era, al decir de la gente, un áscua de oro; era dentro del templo suntuoso, la mística *Domus aurea*, en que reposaba la divinidad de Dios.

Al otro lado, el monumental retablo cubierto del litúrgico velo de aquellos luctuosos días, y en la cima de aquel inmenso altar fantasma, casi tocando en la clave de la bóveda, la augusta imagen del Crucificado, sobre el ancho dosel negro franjado de oro.

En ambos lados del crucero los enormes rosetones trasparentando la luna por sus multicolores discos y debajo de ellos, ambas puertas abiertas, mostrando la una el severo Consulado con sus clásicas líneas herrerianas, y la otra el alegre *Patio de los naranjos*, con sus copudos árboles cuajados de azahares, cuyo voluptuoso perfume alteraba la atmósfera de la austera catedral, semejante á profano ensueño de amores filtrándose tentador en el alma de un asceta.

Cuando se alejó la última procesion, cerráronse ambas puertas laterales, quedando las demás abiertas al público que, poco á poco, invadía, llenaba, matizaba literalmente las dilatadísimas naves.

Trascurrió largo tiempo, y cuando el gobernador y sus polizontes, provistos de sendas hachas de cera, comenzaron á girar la *ronda* tradicional, un tumulto incesante prodújose entre la multitud, que hubiera necesitado evaporarse para dejar espacio libre. Arrollóse la gente sobre sí misma, y entre gritos, aprietos y empujones desfilaron uno á uno los de la ronda, cuyas luces iluminaban al pasar un mar hirviente de cabezas y miembros agitados.

Sobre el oscuro fondo de la capilla mayor Comenzaron á

como puntos de oro las lucecitas en los atriles de los músicos; pronto el numeroso cuerpo de coros llenó la extensa gradería del presbiterio, y al apagarse las últimas vibraciones de la postrera campanada de las diez sonó con litúrgica precisión el primer acorde de la obra maestra de Eslava.

Quince mil personas había dentro de la catedral y todas ellas estaban tan calladas, tan inmóviles como las estatuas de sus sepulcros. Quince mil corazones esperaban palpitantes de emoción que sonara el acento sobrehumano de aquel tenor sin igual. Y elevándose reposada, dulce, majestuosa, verdaderamente mística, la voz incomparable cantó: *Miserere...* y de la inmensa multitud se exhaló impetuosa, magnífica, imponente, una simultánea exclamación de asombro, que resonó por las gigantes bóvedas como el rugido soberbio del Océano.

Terminado el hermoso versículo, enmudecida la robusta armonía de coros é instrumentos, las litúrgicas voces de niños y sacerdotes, acompañadas por los graves acentos del órgano, sonaron respondiendo al musical poema con la beatífica austeridad del *canto llano*.

Volvieron á resonar los instrumentos, volvieron á vibrar las poderosas voces de teatro y tornó de nuevo á responderles sonoro y reposado el coro de sacerdotes y de niños entonando la queja elegiaca del Rey-Profeta. ¡Cuánta solemnidad en aquel imponente diálogo musical en que parecen interrogarse y responderse los trágicos lamentos de la tierra y los victoriosos himnos del cielo! La Iglesia militante gime con la voz del salmista sobre el arpa doliente del profeta, y la *triumfante* le responde con el canto divino de las celestes gerarquías.

Y para dar mayor vigor y apariencia de verdad á aquel sublime contraste, de entre las magníficas armonías de la orquesta y los coros una voz más que humana, la sola voz digna de aquel templo, de aquella solemnidad y aquel canto, la voz angélica, la voz única de Gayarre, levantábase á intervalos suavísima, nítida, celestial, pronunciando tan distinta, tan sonora, tan etérea, tan pura, tan mística, las augustas palabras de la inmortal lamentación davidica, que aquel verbo sagrado con alas de armonía pareció emitido en las alturas por los labios divinos de un arcángel.

¡Cuán grandioso y cristiano el interior severo de aquella imponente fábrica, y cuán hermosa y beatífica resonando bajo sus naves la voz seráfica de Gayarre!

Si aquella augusta catedral se hubiese animado, hubiera tenido por

alma el «Miserere» de Eslava; si aquella excelsa armonía de piedra hubiese podido entonar el himno gigante y romántico de sus históricas grandezas y de sus cristianas glorias, hubiera tenido por voz la voz suavísima de aquel tenor de los ángeles.

Yo veía el hermoso templo trasfigurado á la luz de sus fuerzas conmovirse como estremecido por emocion prodigiosa; sus enormes nervios de piedra se contraían en convulsa tracción; sus bóvedas, inundadas de luz, de incienso y de armonías como cerebro inmenso, llenábanse de una idea sublime: sus rosetones resplandecían como dos colosales pupilas bañadas en resplandor sidéreo y del ambiente tibio cargado de perfumes de azahar, vapor de incienso, suspiros y oraciones, se engendraba una voz solemne mística, una voz religiosa, más que humana, la voz del templo que cantaba el himno grandioso de David. La voz beatífica del templo que con los ecos de las plegarias seculares entonaba el eterno Miserere.

La voz de Gayarre, tan severa y arrobadora en la expresión de los sagrados cantos, era el verbo divino de aquel armónico organismo de piedra.

¡Ay, ya el asombroso organismo desmembrado cayó deshecho en ruina colosal desoladora, y aquel acento que parecía verbo de su grandeza y misticismo, espiró helado por el soplo destructor de la muerte!

### III.

Todo Madrid, España entera lloraba la del tenor insigne; y hasta la misma naturaleza parecía asociarse al duelo nacional.

Madrid estaba cubierto de nieve: llovía á menudo, una lluvia helada, que parecía las lágrimas del cielo congeladas de terror.

La Plaza de Oriente estaba llena de inmensa muchedumbre que aguardaba la hora del entierro. Sobre la copa de los árboles, y abrazados á aquellas barroqueñas estatuas de reyes, que la intemperie ilustra y embellece allí, á su modo, hacinábanse racimos de curiosos; ante la casa mortuoria esperaba la opulenta carroza exornada con todas las profanidades del lujo funerario, y en derredor de la carroza agrupábanse multitud de carruajes, y se congregaba el numeroso duelo.

Llegó el clero parroquial con cruz alzada, sacaron en hombros el rico ataúd de hierro galvanizado, y echaron sobre él un monte de coronas y de flores, última ofrenda de amor al hombre y de entusiasmo al artista, últimas flores y últimas coronas consagradas á aquel que tantas conquistó en su gloriosa vida.

Púsose en marcha el cortejo; pasó por la Plaza de Isabel II, detúvose ante el Conservatorio donde Gayarre recibió las primeras nociones del divino arte, y allí los maestros depositaron sobre el ataúd del discípulo inmortal otra corona. Llegó el entierro al vestíbulo del teatro Real, de aquella escena de sus triunfos sin ejemplo, y allí la orquesta que tantas veces acompañó su voz querida, la orquesta aquella tantas veces dominada por su viril acento, la orquesta que nunca más volvería á asociarse á su inspirado canto, gemía tristemente entonando como huérfana y dolorida la marcha fúnebre de Chopin.

Extinguióse la marcha y las voces teatrales que pocas noches ántes se mezclaban á la del glorioso compañero, entonaron el coro de frailes del cuarto acto de «Favorita,» aquel coro que precede al «Spirto gentil.»

Aquel coro era el prólogo de su inmortal romanza y el cadáver del tenor debió estremecerse á su influjo debajo de sus últimos laureles.

Pero cesó el coro de frailes y la orquesta preludió la romanza..... La carroza comenzó á moverse, como si el muerto no pudiese resistir á aquel recuerdo de su pasada gloria. El fúnebre cortejo se puso en marcha, y la música, doliente y desolada como viuda de aquella voz incomparable, seguía cantando sola, mientras la multitud lloraba estremecida: «Spirto gentil.....»

BLANCA DE LOS RIOS.

